

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Aunque no suelo hablar aquí de mis viajes, por hacerlo en otra parte, la influencia de los lugares que visito no puede menos de sugerirme reflexiones que involuntariamente acuden a la pluma, y suelen presentarse en forma de comparación. — Así, noto que en París la criminalidad disminuye. No se concibe una capital populosa sin criminalidad, como no se concibe un árbol añoso y frondosísimo sin líquenes y rugosidades en la corteza; pero, relativamente a Madrid y considerada la diferencia de población, mejora la estadística parisiense.

Lo primero que aprecio es que aquí son bastante menores los peligros de robo. ¡Como que son mayores las actividades del trabajo! El robo es, lo mismo que el trabajo, un modo de adquisición de lo necesario ó conveniente para la vida; sólo que el ladrón adquiere sin gastar fuerzas, sin dar nada en cambio, sin pagar, digámoslo de una vez. El que se habitúa a pagar, ó sea a trabajar, encuentra molesto y vergonzoso el ser insolvente. Por eso aquí apenas se roba.

¡Y cuidado si abundan ocasiones para descuidaros! Todo está á mano, todo fácil de coger; existe una confianza extraordinaria; las mercancías se desbordan sobre la acera y llegan al arroyo. Hay más. He oído decir que en ciertos grandes almacenes hacen la vista gorda al robo de menudencias, con tal de atraer gente y de no molestar á nadie. No sé si es cierto, pero lo parece, al ver la tranquilidad con que todo se deja á disposición del público. No obstante, la crónica de los latrocinios en París, relatada por los diarios, cabe en un papel de fumar.

En Madrid, en cambio, no es posible distraerse un minuto en parte alguna sin encontrar nuestra propiedad disminuida. Un ejército de vagabundos, ladrones profesionales ó ocasionales, acecha los momentos en que cualquier circunstancia solicita la atención, y aprovecha ese rápido instante para despojaros. Cuando las señoras se bajan de los coches, suelen dejar caer algún objeto y entre el remolino de la bajada no advertirlo al pronto. Ya lo ha advertido el solícito descuidero, que está al quite mendigando ó rondando por allí, haciéndose el sueco para que no se le conozca la intención. Dos segundos después, el objeto ha desaparecido para siempre.

En París se me cayó ayer, desabrochándose de la cintura, una bolsa de seda donde llevaba el portamonedas, el pañuelo, los gemelos, el lápiz, mil menudencias necesarias. Ocho ó diez gritos me advirtieron. La frutera ambulante, los cocheros, los transeúntes, me llamaban á voces y á porfía, para advertirme que había perdido la bolsa, que la tenía allí, en la acera. No se les ocurrió recogerla; eso no; tuve que volver atrás y alzarla del suelo yo misma. Galantería, ninguna, ni falta que hace. Servicialidad, honradez, sí.

Recordé entonces lo que me pasó en Madrid este invierno. En mi barrio, á la puerta de mi casa, se me cayeron los lentes, con su cadena de pedrería, al arroyo. Lo vieron varias personas. Lo comentaron, entre sí, por supuesto. Vivo como una centella, un cochero del punto que está frente á mi puerta los recogió, en silencio, y los llevó á casa de un platero, del de más cerquita, para ver lo que el platero le daba por su hallazgo. Como el platero, sospechando que se trataba de un objeto robado, ofreció una suma cortísima, al cochero se le ocurrió que sacaría mejor tajada trayéndomelos á mí, con las albricias que yo le diese. Por otra parte, contribuyó á que adoptase esta resolución el que sus compañeros de punto, ojo avizor también, le habían visto recoger la joya y podían avisarme; y tanto podían, que me avi-

saron, en efecto, algunas horas después. En suma, el cochero me trajo los lentes, y yo le dí una buena propina. Es indudable que allí no existía propósito deliberado de substraer nada; pero la estricta honradez pedía otra cosa: que todos, al ver caer los lentes y que yo seguía mi camino inadvertida, gritasen como gritan aquí, hasta que yo me volviese y recogiese mi propiedad del suelo.

Y esta es la antesala del delito, lo que á nadie subleva, lo que sólo se comenta sonriendo y encogiéndose de hombros, porque, ya se sabe: hartos hacen con respetar lo que uno lleva puesto ó guardado, sin que también respeten lo que uno deja caer, olvida ó presenta fácil á la captación. El libro de los señores Quirós y Llanas Aguilaniedo *La mala vida en Madrid*, nos enteramos de cosas infinitamente graves y abre una ventana por donde penetra luz que alumbra siniestramente nuestro estado social. Los instintos del hombre son los mismos, de seguro, en todas partes; eran probablemente en las épocas más oscuras de la prehistoria muy poco diferentes de lo que hoy son; lo que modifica, diversifica y reprime esos instintos, son las circunstancias, la educación (en el sentido social de la palabra), el ambiente, etc. El número de personas fatalmente consagradas al crimen es menor de lo que se cree. ¿Acaso no existen naciones donde la criminalidad escasea, llega casi á desaparecer? (Suiza, el Transvaal). Sin aspirar á un ideal tan completo de moralidad, es necesario convenir en que la capa de estiércol, el terruño de barbarie, hace brotar la venenosa flora del crimen. Víctor Hugo tuvo una de sus intuiciones geniales cuando supuso que, pasando por un lugar sombrío y habiendo visto alzarse amenazadores en él dos maderos, los montantes de la guillotina, les preguntó su nombre, y el uno respondió «Ignorancia» y el otro «Miseria.»

No hay tierra que no pueda producir criminales; pero hay tierras que producen naturalmente, por ineludible ley, esa cosecha de hongos emponzoñados. ¿Por qué hemos de creer que existe en París alguna aberración, depravación ó monstruosidad desconocida en Madrid? En las mismas aldeas, en el Escorial, patria del *Chato*, ¿no hemos visto la corrupción romana, los refinamientos de Tiberio, dándose la mano con la mayor estupidez y la vida más animal y baja posible? Defendamos á la civilización de acusaciones infundadas. Que el vaso de iniquidad sea de barro grosero ó sea de cristal, ágata y oro..., siempre será mejor lo último. La grosería añade quilates al mal.

Nada falta en Madrid para un coleccionista de atrocidades; y no anda el vicio escaso ni oculto, ni estalla de repente, inesperado, el crimen: al contrario, el aire está infestado por sus emanaciones, la calle regada por la sangre que tan á menudo se vierte. El mujericidio es plato diario: ya no se lee, por monótona y aburrida, la sección periodística donde se refieren las fazañas de los Antonys, Otelos, Tenorios de plazuela y médicos de su honra baratos, que con la faca ó el revólver suprimen á la que se les resiste ó les tortura el corazón. Un rufianesco romanticismo inspira estas tragedias, que ya á nadie le importan un pitoche, pero que, por las revelaciones que encierran, deberían importarle mucho al sociólogo.

Y todavía esos mujericidas resueltos son la Tabla redonda, la aristocracia callejera del crimen. Ved la hampa, los falsos mendigos, los equívocos industriales, el inmenso rebaño de las infelices degradadas, los seres rebajados, torcidos, entregados á la abyección: ahí se recluta el ejército criminal. Mil veces habréis leído y escuchado que la mujer española será poco instruída, será atrasada, pero que, *en cambio* (¡válgame Dios por *cambio*!), conserva las virtudes del hogar, es sobre todo buena madre, madre apasionada y tierna. Pierdo la cuenta de los casos, recogidos en periódicos, de crueldades horribles de madres con sus niños. Ayer era una bruja que poco á poco va quemándole al pequeñuelo los ojos con substancias corrosivas, hasta cegarle; hoy — en el *Heraldo* que acabo de recibir — es una fiera, Rosa Bouzas, que envía á su hijo á pedir limosna, y cuando no trae á casa la cuota fijada de antemano, dos pesetas diarias, le ata á un banquillo y le golpea con un zueco, rompiéndole la cabeza y ensangrentando su cuerpo por varias partes. Las cuerdas que sujetaban á la víctima estaban tan hincadas, que para desatarle hubo que cortarlas con un cuchillo. Citemos textualmente: «En la casa de socorro, adonde fué conducido, el médico Sr. Durbán le curó de una herida de tres centímetros en la cabeza y contusiones en diversas partes del cuerpo, algunas producidas por los mordiscos de la desalmada madre.»

Esto no requiere comentarlo ni adornarlo; es de Shakespeare, de pies á cabeza; da escalofríos sin

necesidad de retórica. Pero todavía falta lo peor: al lado de la furia del infierno que acaba á mordiscos con el fruto de sus entrañas, la mansa Celestina que — según el mismo número 3.913 del mismo diario — vende á su hija de trece años por cien pesetas. ¿Hay quien crea que cien pesetas resuelven para nadie ningún problema económico? No; cien pesetas de la venta de una criatura son de seguro para el vicio, son para el alcohol; no son apreciables ante la codicia siquiera. Los autores de *La mala vida en Madrid* nos informan de la frecuencia de este inicuo trato, mejor dicho, trata, pues es renovar la esclavitud en medio de nuestra sociedad que la condena... verbalmente. Y la prueba de que es sólo verbalmente, la extraemos del propio *Heraldo*, que no tiene desperdicio. «El delito parece — y esto es gravísimo — que se ha sancionado en la Sección de Higiene del Gobierno civil...» «Se repiten con dolorosa frecuencia estos casos de inmoralidad y de barbarie...»

Siempre, buscando bien, encontramos la responsabilidad de arriba en la criminalidad de abajo. En España, sobre todo, donde la costumbre es creer que fatalmente ciertas clases son irredimibles y aceptarlas como se acepta el frío y el calor. Ha de haber pícaros, ha de haber patulea de galeotes, ha de haber un contingente fijo de malhechores y de criminales; eso proclama nuestra novela picaresca, nuestra literatura. Son esferas á las cuales no desciende el gobernante; tratándose de los miserables, el gobernante español cree que su misión está reducida á la represión cuando la juzga indispensable, y el resto del tiempo, al olvido y á la indiferencia. Las clases desheredadas son miradas como miran las amas de casa poco cuidadosas el desván: allí pueden hacinarse telarañas, suciedad, ratones, bichos; con tal que no salgan de allí, que no pretendan acercarse á los pisos donde vive la gente acomodada, lo mejor es dejarlos en paz, que se pudran en su propio jugo. La afirmación es triste cuanto verdadera.

Y un día, ¿qué digo un día?, casi diariamente, escápase del desván un bicho, un monstruo, la araña ó el ciempiés, y le vemos, con esguinces de repulsión, trepar mostrando su cuerpo disforme por las cortinas de seda ó las paredes vestidas de brocado. Mejor es limpiar el desván todos los días, llevar á él la luz y el aire, no desmayar en la tarea. Es lo del mal social como los microbios de la tuberculosis, de que tanto se habla actualmente. Parece, al pronto, que su número y su insidiosa pequeñez harían inútil toda campaña que contra ellos se emprendiera. Ello es, sin embargo, que las precauciones adoptadas contra los microbios, cuando son generales, surten efecto: la tuberculosis disminuye. No escupir en el suelo, airear bien, asear mejor, aislarse cada cual, no de un modo inhumano, sino de un modo acéptico, reduce la cifra de las invasiones de esa enfermedad terrible, á la cual sucumbe, según dicen, más de la tercera parte de la población. Es preciso rendirse á los hechos y tener fe en la campaña sanitaria.

Para remate de la crónica recojo estas dos perlas de cultura:

«De uno de los cuarteles de la guardia civil que hay en Madrid salía un oficial de dicho cuerpo, cuando un hombre le dijo atrevidamente:

— «Con ese trajecito no tendrá usted frío, ¿eeehh?»

«El oficial no hizo entonces caso; pero al pasar nuevamente por el mismo sitio, el guasón repitió la broma. Sentó ésta tan mal á dicho señor que, agarrando de un brazo al que intentaba tomarle el pelo, le metió en el cuartelillo, donde le dieron una soba que encendía el ídem. El apaleado, según nuestras noticias, denunció el hecho, y por un Juzgado de Madrid se trabaja para dirimir este nuevo caso de derecho de broma y palos...»

«En las primeras horas de la noche pasada armó un escándalo en un aguadocho del distrito del Hospital el que fué inspector de policía Sr. Carbonell, declarado cesante hace varios días. Vino una pareja de guardias de seguridad, y como premio á su celo recibieron dos soberanas bofetadas, que les propinó el mismo Sr. Carbonell. Entonces detuvieron á éste y lo condujeron á la delegación de vigilancia citada, donde después de amarrarle con unas cuerdas, le dieron los guardias una paliza fenomenal, poniéndole el cuerpo lleno de contusiones y causándole una gran lesión en un ojo. Qué tal sería su estado, que el juez de guardia D. Luis Rubio Contreras tuvo que personarse en la delegación, donde tomó declaración al apaleado y maltrecho ex inspector de policía.»

Y así se entiende el respeto á la vida humana, á la ley, en nuestra corte. ¿Quién no ve la estricta y lógica correlación entre la delincuencia popular y la delincuencia oficial, en las esferas donde la legalidad debiera tener su asiento?

EMILIA PARDO BAZÁN